

LORENZO DE' MEDICI

El Fiorentino

El diamante perdido de los Medici

la esfera  de los libros

1

Hacía un día de primavera estupendo. La temperatura era ideal y nada en el mundo hubiera podido arruinarle aquel agradable momento que estaba disfrutando. Le encantaba dedicarse de vez en cuando al *dolce far niente*...

Ann Carrington acababa de llegar.

Había tenido suerte y había encontrado una mesa libre en la terraza del único café abierto del pueblo, ya que los lunes todos cerraban. Hasta la pastelería de al lado estaba cerrada.

Se instaló y ocupó las otras sillas de la mesa con sus bolsas. A la espera del capuchino que había pedido, sin quererlo y sin dedicarle particular atención, se puso a observar a las personas sentadas a su lado, una media docena en total. Parecían todos extranjeros. Ninguno de ellos atrajo su interés.

En la mesa más cercana a la suya, había una pareja de mediana edad; parecían alemanes, no solo por su aspecto físico, sino también por la manera que tenían de mirar el modesto menú, comentando cada plato con cara de circunstancias, mientras, un poco más allá, tres hombres más jóvenes, y aparentemente amigos, discutían animadamente en portugués. Como ella no

lo hablaba, no podía entender qué estaban diciendo. El tono era bastante animado, pero no conseguía percibir si estaban discutiendo por algún motivo o simplemente estaban charlando. Una sonora carcajada de dos de ellos le hizo entender que solo era su manera de hablar.

No se le había escapado que, de vez en cuando, uno de ellos levantaba la vista en su dirección, observándola discretamente. Estaba acostumbrada. A sus cuarenta y cuatro años atraía todavía la mirada de los hombres. Era una mujer bella y con un cuerpo envidiable.

Un poco más allá, detrás de ellos, una señora, sola, ocupaba otra mesa, pendiente de su móvil. Bien vestida en suaves tonos pastel, estaba sentada con despreocupación, con las piernas cruzadas, y sonreía en dirección a su teléfono. Ann se preguntó si estaría esperando a alguien o simplemente se había acomodado en la terraza para descansar y tomar un café.

Ann había aterrizado hacía apenas unas horas en Lisboa, procedente de Madrid, donde había participado en una conferencia sobre la recuperación de documentos históricos dañados. Era un simposio internacional, y ella era una de las tres expertas invitadas. Allí la había llamado su exmarido y ahora amigo, Philipp, que, desde Estados Unidos, se había puesto en contacto con ella para pedirle un enésimo favor: había leído que, en Portugal, una casa de subastas de nombre Veritas, de Lisboa, iba a realizar una venta importante de objetos, muebles y joyas pertenecientes a la familia de los duques de Palmela, una insigne familia aristocrática portuguesa. De todos los lotes en venta, a Philipp le interesaba solo un libro antiguo que había visto en el catálogo online de la casa de subastas. Quería que ella fuese a verlo para averiguar su estado y el contenido, asegurándose de que no faltaban páginas, especialmente los grabados que, según

él, eran más importantes que el libro en sí, y poder comprarlo para la Universidad Brown, la institución para la que ambos trabajaban.

Al principio, se había quejado un poco, diciéndole a su ex que solo la llamaba para pedirle algún favor, pero luego se había dejado convencer por los argumentos de Philipp, que le dijo que Lisboa estaba tan solo a una hora de vuelo y que no podía desperdiciar una ocasión como esa para conseguir una pieza tan importante para la biblioteca de la universidad. Philipp, siempre tan eficiente, le había enviado un email con todos los detalles, así como un plano de la zona, para que ella pudiera ubicarse más fácilmente. Como ella se quejaba a menudo de que los mapas de Google Maps o Google Earth eran demasiado pequeños, Philipp, sabiéndolo, se había apresurado a organizarle todo el viaje. De esta manera, contaba con que Ann no tendría excusas para rechazar su petición. Y así fue.

La idea de conocer Portugal, aunque fuera por pocas horas, la intrigaba. Había viajado mucho, pero no conocía este país. Aun así, había reservado el último vuelo de regreso para Madrid para ese mismo día. Pensaba que, aunque la subasta duraría un par de horas, tenía tiempo suficiente para ir al aeropuerto y alcanzar su vuelo.

En la documentación que Philipp le había enviado, Ann leyó que la subasta en cuestión se realizaría en una propiedad privada, llamada Quinta da Serra, situada a las afueras de Vila Nogueira de Azeitão, un pueblo residencial que quedaba a apenas unos treinta kilómetros al sur de Lisboa. Con el coche alquilado desde el aeropuerto, había llegado a su destino en solo cuarenta minutos. Pero, para su sorpresa, era una hora antes de la subasta y el personal de seguridad le indicó que abrirían exactamente a la hora señalada en la convocatoria. Ann decidió volver a Vila Nogueira de Azeitão, que estaba a unos pocos ki-

lómetros, y tomarse tranquilamente un buen capuchino mientras esperaba la hora de apertura.

Diez minutos más tarde ya había aparcado en la plaza principal del pueblo y ocupaba la única mesa libre en la terraza del café. Después de haberse instalado, se fijó en el nombre del local: Casa das Tortas.

Desde donde ella se encontraba, la plaza estaba cerrada en la parte superior por un antiguo palacio, aparentemente del siglo xvii, bastante grande, visiblemente deshabitado y en muy mal estado, mientras que el centro estaba ocupado por un gran *parking* al aire libre, y una buena cantidad de plátanos centenarios, que le daban un aire más bien elegante.

«Qué pena», pensó, apartando la vista del palacio.

2

Ann Carrington era una mujer muy atractiva, de las que no pasan desapercibidas; esbelta, de cabello rubio y largo que caía por su espalda y un corte visiblemente de alta peluquería. Poseía unas manos finas y largas que cuidaba mucho. No usaba esmalte de colores para las uñas, solo un barniz neutro que apenas se notaba... Tenía cuarenta y cuatro años y pasaba gran parte de su tiempo libre en el gimnasio para mantenerse en forma. Hubiera preferido practicar al aire libre, pero eso suponía trasladarse en coche desde su casa para acercarse al bosque más cercano, y no siempre le apetecía. Vivía en una zona residencial de Providence, la capital del estado de Rhode Island, y era profesora de Historia en la Universidad Brown, ubicada precisamente en Providence.

Había estado casada con Philipp, que había sido un novio entrañable y un fabuloso amante antes de convertirse en un marido aburrido y celoso. El matrimonio apenas había durado un par de años, tras lo cual cada uno había recuperado su libertad. Al cabo de cierto tiempo, se dieron cuenta de que aún se necesitaban el uno al otro, y se convirtieron en grandes amigos.

Era experta en documentos históricos, por lo cual viajaba a menudo por todo el mundo cuando la llamaban para participar en congresos y simposios. Su calidad de experta la divertía, porque para ella su profesión era también su pasión. La experiencia lograda a lo largo de los años la había convertido en una especialista en el Renacimiento y particularmente en la célebre familia de los Medici. Había participado en varias ocasiones en búsquedas específicas y hallazgos fortuitos sobre uno u otro miembro de esta familia.

Consultó su teléfono. Faltaba solo media hora para el comienzo de la subasta. Tenía que ponerse en marcha.

No le resultó difícil encontrar nuevamente la villa. En apenas diez minutos ya estaba delante del imponente portón de hierro forjado que daba acceso a la Quinta da Serra.

Después de entregar a los guardias de seguridad la tarjeta impresa con la invitación a la subasta, avanzó por un camino asfaltado en dirección a la casa, que no era visible desde la entrada. Lo que sí pudo apreciar fue la majestuosidad de la sierra de Arrábida. Entre árboles centenarios y arbustos de flores rojas y blancas, el camino, de unos quinientos metros de largo, la condujo hasta una segunda puerta, un arco de piedra que destacaba en un muro encalado y sobre el que sobresalía un escudo de armas que, supuso, pertenecía a la familia propietaria de la casa. A ambos lados, las figuras de dos alabarderos pintados sobre azulejos de tonos azules custodiaban la entrada.

Pudo ver entonces la villa, que se erguía monumental en el interior de un patio amurallado. Condujo su coche siguiendo las instrucciones de los carteles hasta un aparcamiento situado junto a una fuente y en el que ya se veían varios vehículos. Dejó el suyo al lado de un imponente Ferrari, asegurándose de estar lo suficientemente alejada para no rozarlo al abrir la puerta,

y se dirigió hacia lo que parecía el edificio principal con estructura de palacio. Subió unos pocos peldaños que llevaban a una terraza en la que había una enorme piscina construida justo frente a una gran puerta acristalada que daba acceso a lo que luego descubrió era un imponente salón.

Creyó que se había equivocado y que aquella no podía ser la entrada principal, pero le dio pereza rodear todo el edificio para encontrar la entrada correcta, así que, aprovechando que algunas personas salían por la puerta acristalada, se deslizó en el interior.

Era evidente que estaba en el salón principal de la casa. Un amplio espacio con los techos altísimos, y, lo más sorprendente, las paredes repletas de cuadros de todo tipo, desde los retratos de los que ella suponía los antepasados de la familia hasta obras de pintura contemporánea.

Recorrió con la mirada el espacio en busca de un catálogo, y sus ojos se encontraron con los de un elegante caballero, alto y bien parecido, que se dirigía hacia ella. Tenía el cabello oscuro entreverado ya de algunas canas, que no desentonaban; se venía peleando con un mechón rebelde que se le resistía, y que intentaba obsesivamente colocar en su sitio mientras se acercaba con una sonrisa encantadora.

—¿Busca algo, señora? —preguntó en un perfecto inglés.

Ann supuso que se trataba de alguno de los empleados de la casa de subastas.

—Sí, un catálogo, si es tan amable de decirme dónde puedo encontrarlo.

—Aquí mismo —le contestó el amable caballero, ofreciéndole un ejemplar elegante y austero pero muy voluminoso, que tomó de una pequeña estantería.

—Pesa una barbaridad —exclamó Ann, sosteniéndolo con dificultad.

—¿Quiere que le ayude? —preguntó amablemente el hombre.

—No, no, ya puedo yo sola, gracias —respondió Ann, con una sonrisa cautivadora, y luego añadió—: Con su permiso, voy a dar una vuelta.

—Si necesita algo, no dude usted en pedírmelo —dijo él, alejándose con paso elegante, no sin haberle antes ofrecido su tarjeta de visita.

«Qué hombre más guapo», reflexionó Ann, mirándolo mientras se alejaba.

Guardó la tarjeta en uno de los bolsillos de su chaqueta, sin ni siquiera mirarla.

No había querido decir que había venido solo por un libro, para no mostrar demasiado interés. Primero quería verlo.

No tuvo dificultad en encontrarlo. Estaba apoyado sobre una consola barroca, mezclado con otros objetos de varios tamaños: entre ellos un abrecartas de plata con un escudo nobiliario, el mismo que aparecía en otros objetos que estaban a la venta, por lo que dedujo que solo podía tratarse del blasón familiar, y toda una serie de diferentes cajitas también de plata y esmaltes, que podían ser pastilleros. Le entraron tentaciones de comprar un par de ellas para llevarlas a Estados Unidos y guardarlas para regalar en ocasiones especiales, pero se dijo que lo mejor era centrarse en el motivo de su visita.

Apoyó el voluminoso catálogo sobre una silla que había cerca y cogió el libro con las dos manos. Era más estrecho de lo que pensaba, y también más ligero, pero no había duda, era el ejemplar que Philipp buscaba.

Estaba a punto de hojearlo cuando una asistente se precipitó hacia ella con semblante severo:

—No se puede tocar, señora —dijo, intentando ser amable y categórica a la vez—. Debe pedir a un asistente de Veritas que se lo enseñe.

—Ah, perdón. ¿Y no me lo puede enseñar usted?

—Por desgracia, no, señora. Soy del servicio de vigilancia. Si quiere, puedo llamar a alguien. Pero, de todas maneras, por el tipo de etiqueta, este lote no estará a la venta hasta la tercera subasta.

—¿Perdón? No entiendo lo que quiere decir.

—¿La señora no sabe que la subasta está dividida en tres sesiones? Hoy es la primera, mañana, obviamente, la segunda y pasado mañana la última. Este lote, por su etiqueta, forma parte de la tercera y última sesión.

Ann Carrington puso cara de contrariedad. Philipp no le había contado nada de esto. O bien no lo sabía o se lo había ocultado.

La vigilante la miraba como si estuviera esperando una respuesta.

—Pero, aunque se ponga a la venta en la tercera subasta, eso no significa que no lo pueda mirar, ¿no?

—Por supuesto, señora. Avisaré a alguien.

Ann miró en dirección al gran salón en donde había más gente y vio al apuesto caballero que le había entregado el catálogo.

—¿Podría avisar a ese señor, por favor? —dijo, señalando con el dedo hacia él—. Hace un rato tuvo la amabilidad de ofrecerme el catálogo.

—Oh, no, eso no es posible, señora. El caballero que usted me indica es el propietario de la quinta, el señor barón de Teixeira.

—¿Barón de Teixeira? —exclamó Ann, sorprendida—. ¿No es esta la subasta de la colección del conde da Póvoa?

—Sí, señora, es correcto. Pero el conde da Póvoa falleció hace ya tiempo y este señor es su hijo.

—Ah —dijo Ann, que no entendía nada, aunque tampoco le interesaba saber más sobre ese tema—. ¿Y usted cómo sabe todos estos detalles?

La vigilante de seguridad se inclinó hacia Ann y, en tono claramente confidencial, le dijo:

—Esta es una aldea, señora. ¡Aquí lo sabemos todo de todos!

—Ah, bueno —dijo Ann, perpleja. Y pensó: «¿Y a mí qué me importa? Era solo para cotillear un poco y conocer mejor la historia de la familia». Le podía resultar útil para descubrir los orígenes del libro y saber cómo había llegado a manos de esta familia, si veía que todavía era interesante para Philipp, y si podía comprarlo, que esa era otra incógnita.

La vigilante se alejó un instante y regresó con una mujer joven, discretamente vestida de negro y blanco, con un voluminoso pecho tan exuberante que parecía que los botones de su blusa iban a saltar en cualquier momento.

Esta, con precaución, sacó un par de guantes de algodón blanco y se los colocó con rapidez, tomó el libro, lo abrió delante de ella, y fue pasando las páginas una a una lentamente mientras Ann se lo indicaba, lo que permitió averiguar que era precisamente el libro que Philipp buscaba y le había descrito minuciosamente. Además, pudo confirmar que contenía los dibujos e imágenes que Philipp le había pedido específicamente que controlara.

Se trataba de un tratado dedicado a Cosme II de Medici, gran duque de Toscana, por Pompeo Studentoli, joyero veneciano afincado en Florencia que había diseñado y tallado el que se conocería como el Florentino, uno de los diamantes más famosos de la historia, de gran tamaño y de un intenso color

amarillo con tonos verdosos, procedente de la India; una verdadera rareza, y que actualmente estaba desaparecido.

Contenía todos los dibujos de las diferentes fases del tallado, así como la joya terminada en donde había sido engastado, junto a otros diamantes igualmente valiosos y que constituían una de las piezas más importantes del fabuloso tesoro de los Medici.

Acababa de darle las gracias a la amable asistente de la casa de subastas, cuando vio que el barón de Teixeira se acercaba a ella.

—¿Ha encontrado algo que le podría interesar? —le preguntó educadamente.

—Puede ser —respondió ella, enigmática, esbozando una gran sonrisa. Y agregó—: Discúlpeme si antes lo he confundido con un empleado, señor barón.

El barón la miró sorprendido al tiempo que le dedicaba una sonrisa maliciosa. Sus ojos la miraban con una expresión entre divertida y curiosa.

—Oh, no, por favor. Aquí no empleamos los títulos. Son más bien una forma de tratarnos entre familias, cosas del pasado. Pero veo que el chismorreó funciona a la perfección.

Ann no pudo evitar una carcajada.

—Lamentablemente, acabo de saber que la pieza que me podría interesar se subasta solo en el tercer lote. No había previsto quedarme tanto tiempo. De hecho, tengo una reserva en el vuelo de esta noche para Madrid.

—Si quiere quedarse, la puedo ayudar a encontrar un hotel.

—Oh, no, gracias —respondió Ann—. Es usted muy amable... pero tengo que hacer un par de llamadas y luego decidiré cuál es mi futuro inmediato. Y tranquilo, soy la reina de internet —bromeó.

—Entonces, espero volver a verla mañana y pasado mañana —dijo cortésmente—. Por cierto, mi nombre es João.

—Ann —contestó ella, tendiéndole la mano—. Ha sido muy amable. Un placer conocerle. Gracias por todo.

Se giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta por donde había entrado. No pudo dejar de reparar en que el diseño de la portada vista desde el interior reproducía el mismo diseño de aquella que se encuentra en Villa Medici en Roma. Esto la divirtió, mientras reflexionaba si era casualidad o intencionado.

El salón estaba ahora lleno de gente de todo tipo, pero ella ya había visto lo que quería ver y era hora de marcharse.

3

Instalada en su confortable habitación, y dada la diferencia horaria con América, Ann grabó un mensaje de voz a través de WhatsApp para Philipp, describiendo cada detalle del libro.

Como había dicho a João, ella era efectivamente la reina de internet.

Después de una rápida búsqueda, había visto que en Azeitão había poca oferta hotelera. Lo único que podía ser interesante era un hotel a las afueras, camino de Setúbal, llamado Casa Palmela, pero le daba pereza tener que coger el coche para ir simplemente a tomar un café a una terraza. En Airbnb, había encontrado una oferta en una casa privada que también estaba a las afueras, perdida en medio de un bosque, pero a poca distancia de la Quinta da Serra a donde pretendía volver. La casa estaba dirigida por un joven australiano muy simpático y se llamaba Quinta da Conceição. Era justo lo que necesitaba, con todas las comodidades y una piscina a su disposición, por si quería nadar. Había reservado para un par de noches.

Le quedaba un día entero libre en espera de la tercera subasta. Mañana decidiría qué hacer. Probablemente aprovecharía la ocasión para visitar la zona.

Sola en su habitación, se tomó su tiempo para reflexionar sobre lo que había hecho en las últimas horas. Habían sido intensas, entre el vuelo, el coche de alquiler, la búsqueda de la quinta, la visita a la subasta y encontrar por fin ese alojamiento. De hecho, se sentía cansada y aunque su estómago empezaba a protestar —no había comido nada desde la cena en Madrid la noche anterior— decidió tumbarse un momento sobre la cama para descansar. Eran las cinco de la tarde.

La despertaron unos golpecitos en la puerta. Miró el reloj: eran las ocho. Había dormido tres horas. Se levantó con movimientos lentos, todavía entorpecida por el sueño, y fue a abrir la puerta.

Era el chico australiano.

—Perdone si la molesto, pero he pensado que estaría muy cansada por el viaje y quizás le apeteciera comer algo. Si quiere, puedo ofrecerle un poco de salmón ahumado y una ensalada. Lamentablemente, el restaurante no está abierto fuera de temporada.

Bendito joven, pensó. Precisamente lo que necesitaba.

—Con mucho gusto. Me salva la vida. Estaba pensando justamente en salir en busca de un restaurante.

—Entonces la espero en el comedor. Cuando quiera, no hay prisa.

Se fue con paso enérgico. Ann imaginó que, al ser temporada baja, tendría pocos clientes.

Mientras se vestía, Ann pensó en el libro. Sí, claro, podía ser interesante, pero no entendía el empeño que había mostrado Philipp en adquirirlo. Él no era experto en temas de diamantes, aunque conocía muy bien el Barroco.

No había tenido tiempo para examinarlo con detalle, pero el libro se encontraba en buen estado. No había manchas ni oxidaciones y las imágenes eran buenas y precisas. Estaba claro que se trataba de una buena edición y podía ser muy interesante para conocer los detalles de ese diamante perdido de los Medici. Si conseguía adquirirlo, lo leería antes de entregárselo a Philipp. Nunca se sabía qué cosas interesantes podía esconder un texto aparentemente insignificante. Y, a fin de cuentas, hablaba de los Medici. A pesar de que inicialmente no habían sido objeto de su interés, al especializarse en el Renacimiento italiano, era lógico que acabara por centrar su atención en los Medici y los misterios que todavía los rodeaban, y sin los cuales no se podía entender este período histórico.

La cena fue muy placentera. Más de lo que había imaginado. Se veía que el chico tenía la costumbre de tener invitados, porque había decorado la mesa de forma muy bonita, cuidando cada detalle; la comida estaba deliciosa, y la conversación había sido lo suficientemente discreta para no resultar invasiva. Al no tener más clientes ese día, el joven se había quedado cerca de la mesa, por si acaso Ann necesitaba algo más, aunque en realidad se aburría al estar solo y un poco de conversación con la clienta americana le venía muy bien para distraerse.

Después de la cena, Ann aprovechó para disculparse a causa del cansancio y se retiró a su habitación.

Florenxia, palacio Pitti, septiembre de 1742

De pie, semiescondida por las enormes cortinas, Anna Maria Luisa estaba observando discretamente lo que ocurría en el patio del palacio. Eran las diez de la noche y un inusual cortejo de carrozas y personas habían atraído su atención. Algo pasaba.

Hacía ya tiempo que sospechaba que los austriacos no respetaban el pacto firmado. Servidores y damas de la corte, fieles a su persona, la habían informado de esos movimientos nocturnos. Sucedió por lo menos una o dos veces a la semana. Pero esta vez lo veía con sus propios ojos, y si lo que los hombres cargaban sobre estas carrozas era lo que pensaba, iba a tomar cartas en el asunto. Era intolerable.

Anna Maria Luisa de Medici era una mujer fuerte y enérgica. Pasaba de los setenta años, alta y con un porte regio que imponía por su sola presencia. Había sabido siempre afrontar las mil y una dificultades a las cuales su familia había sido sometida en los últimos decenios, pero no iba a tolerar que los

austriacos se creyeran impunes y que pudieran robar lo que todavía era de su legítima propiedad.

Desgraciadamente, un malicioso cáncer de mama estaba mermando sus fuerzas, y sabía que no le quedaba demasiado tiempo de vida. Pero no permitiría que esos muertos de hambre de los Habsburgo la vencieran.

Anna Maria Luisa era la última de la dinastía reinante, los Medici. A la muerte de su hermano Gian Gastone, el último gran duque, acaecida cinco años antes, y en ausencia de herederos, había tenido que tomar la decisión más importante de su vida. ¿Qué hacer con la incalculable fortuna que había heredado de sus antepasados?

Sabía, perfectamente informada por sus espías, que las grandes potencias europeas, Francia, Austria y España, habían llegado a un acuerdo para repartirse el gran ducado, la tierra de sus antepasados.

Carlos de Borbón, hijo de Felipe V de España, había sido el elegido para suceder a Gian Gastone, pero luego, por un extraño giro del destino, se habían repartido de nuevo las cartas y fue Francisco de Lorena el heredero de la Toscana, mientras que Carlos de Borbón conseguía el título de rey de Nápoles.

Ese ilustre desconocido que era Francisco de Lorena había sido impuesto por su suegro, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos VI, por ser el esposo de su querida hija María Teresa, quien le iba a suceder como emperatriz de Austria. El pequeño ducado de Lorena, en cambio, fue entregado al exrey de Polonia, Estanislao Leszczyński, con la excusa de que había perdido su reino, aunque en realidad se le concedió por ser el suegro de nada menos que Luis XV de Francia. Era una pequeña compensación. A la muerte de Estanislao, el pequeño ducado había pasado a ser anexionado por Francia.

Anna Maria Luisa y su padre, el gran duque Cosme III, habían sido excluidos de la negociación por expreso deseo del emperador Carlos VI, que consideraba a la Toscana un feudo imperial.

No había un heredero varón en el trono de la Toscana, y la ley sálica vigente excluía a las mujeres, y aunque había varios miembros de la familia que podían optar a la sucesión, el documento de creación de antiguo ducado, anterior al gran ducado, exigía que solo podrían acceder al trono los varones descendientes de la línea de Cosme I, con lo que se excluían los parientes de cualquier otra rama.

Cosme I había sido reconocido por el emperador Carlos V, a quien posteriormente solicitó una nueva pragmática de sucesión al trono de Florencia solo para sus herederos varones, por lo que dicho documento contenía esa cláusula particular.

La obsesión de Cosme I de consolidar sus derechos al trono se debía a que él mismo había usurpado los derechos a su primo Lorenzino de Medici, culpable de asesinar al duque Alejandro I, primo de ambos. A la muerte de Alejandro, Lorenzino se convirtió en heredero del ducado, pero huyó a Venecia perseguido por los hombres de Cosme, uno de cuyos sicarios lo asesinó, dejando a Cosme vía libre para asentarse en el trono.

Pero ya no había más herederos varones de la rama del gran duque y por aquella antigua cláusula ninguno de los primos podía acceder al trono, que así se perdía para siempre.

En sus últimos años de vida, el padre de Anna Maria Luisa, Cosme III, había intentado desesperadamente nombrarla heredera, en contra de la ley sálica que impedía ocupar el trono a las mujeres, pero las grandes potencias europeas se habían opuesto enérgicamente, en particular el emperador. Y en concreto, la obstinada negativa de Carlos VI enfureció a

Cosme III, ya que precisamente el propio emperador había promulgado en 1713 la Pragmática Sanción, que derogaba la ley sálica en Austria y permitía a su hija María Teresa sucederle en el trono y en todas las posesiones de los Habsburgo repartidas por Europa.

De todas maneras, habría servido de bien poco. Anna Maria Luisa no había tenido descendencia. Y ahora se encontraba con el problema de qué hacer con todos sus bienes, que eran infinitos.

La herencia con la cual se había encontrado Anna Maria Luisa era verdaderamente gigantesca. Probablemente una de las más grandes fortunas de Europa.

Todas las galerías de cuadros de los mejores artistas, acumulados durante siglos, que adornaban no solo palacio Pitti, sino también las villas de recreo diseminadas por toda la Toscana, incluidas las de Roma, todas, eran de su propiedad. También estaban las colecciones de gemas y piedras preciosas; plata; camafeos; tapices; exquisito mobiliario realizado en maderas nobles y materiales preciosos, mármoles o exótica marquetería; libros antiguos y raros, reunidos por Cosme el Viejo; alfombras orientales, antiquísimas estatuas etruscas, griegas y romanas; antigüedades exóticas de Oriente y la exquisita y muy valiosa colección de coronas y diademas realizadas por los mejores orfebres para cada uno de sus antepasados, porque hasta en eso habían sido exclusivos. Cada príncipe de la Casa de los Medici mandaba confeccionar su propia corona y la de su consorte, y todos estos ornamentos, junto a cetros y capas de armiño y sedas, constituían el fabuloso tesoro. Y no había que olvidar el más precioso de todos ellos, el diamante amarillo de los Medici, denominado el Florentino, de ciento treinta y siete quilates, el segundo más grande del mundo.

Anna Maria Luisa estaba furiosa al ver cómo los austriacos se burlaban de ella con tanta desfachatez. Sí, era cierto que había firmado el Pacto de Familia, que decidía, hasta el más mínimo detalle, el destino de cada uno de sus bienes. Para gran sorpresa de todos, había elegido finalmente al Estado toscano como su heredero universal. De esta manera, evitaba dispersar lo que su familia había acumulado durante los últimos tres siglos. Era su voluntad que las maravillas atesoradas en los palacios pudieran ser admiradas por todos los que visitaban Florencia y la Toscana. Había precisado, con obsesiva determinación, que nada, absolutamente nada podía salir de Toscana y ser enviado al extranjero. ¿Y qué sucedía? Bajo sus propias narices, los austriacos se burlaban de sus instrucciones y cargaban carros enteros con piezas de su tesoro, y sin la más mínima discreción, para enviarlas a Viena donde serían vendidas para sostener sus guerras que no tendrían otro modo de financiar. Por eso ella los llamaba muertos de hambre.

No podía permitir que dilapidaran su herencia.

Tiró enérgicamente del cordón que colgaba del ventanal para llamar al servicio. Unos metros más allá, en las estancias de los criados, una pequeña campanilla tintineó avisando a las damas de que la electora requería su presencia inmediata. Pocos instantes después, apareció la marquesa Rinuccini, una de sus damas de honor.

—Haced llamar a ese bufón de Beauvau. Quiero verlo inmediatamente —ordenó en tono severo.

—¿A estas horas? —exclamó la marquesa, sorprendida. Era casi medianoche.

—De inmediato. Me importa poco que tengan que sacarlo de la cama.

La marquesa se inclinó ceremoniosamente antes de desaparecer tan rápido como había aparecido.

Anna Maria Luisa dirigió de nuevo su mirada cansada al patio de carruajes.

Así que era cierto lo que sus fieles le habían contado. Los austriacos no respetaban nada y campaban a sus anchas, sin consultarla, a escondidas. ¿Qué podía hacer? Por cuestiones de protocolo, la habían tratado siempre bien, de eso no podía quejarse, pero ¿de qué servían las apariencias si luego la despojaban a sus espaldas? ¿Qué actitud podía tomar, aparte de protestar?, se preguntaba.

Beauvau llegó en menos tiempo de lo que la electora imaginaba. El deseo de la princesa lo había sorprendido mientras terminaba de firmar unos documentos que Viena esperaba con impaciencia. Y más que un deseo, le había sonado como una orden; a pesar de que la princesa había sido desposeída de cualquier poder en el gobierno del gran ducado —aunque se le había ofrecido ejercer como regente, título que ella había rechazado—, Beauvau le tenía muchísimo respeto. Recordaba siempre su primer encuentro con ella.

Había sido recibido en la sala del trono de palacio Pitti, bajo un baldaquino negro donde destacaban las armas de los Medici en oro. Ella se había quedado de pie, junto al trono, una forma de respeto por el representante del nuevo gran duque de Toscana, Francisco de Lorena, más regia e imponente que nunca. Había hablado poco, algunas palabras de bienvenida protocolarias, susurradas con una voz sorprendentemente profunda. Para poder oírla mejor, Beauvau se había atrevido a dar un paso hacia ella, e inmediatamente un chambelán lo había detenido con un gesto perentorio, indicándole que el protocolo no le permitía acercarse a más de cinco pasos de la electora.

Beauvau se había quedado muy impresionado. En la corte del duque de Lorena, de donde provenía, no existía un protocolo tan rígido.

Si su alteza lo requería en plena noche, debía de ser por un motivo bastante grave. No solía ser caprichosa.

—¿Vuestra alteza me ha hecho llamar? —dijo para romper el hielo.

Ella lo miró fijamente con severidad. A pesar de su edad, conservaba ese brillo peculiar en la mirada que imponía tanto a los demás.

—Vos, *monsieur* de Beauvau, ¿tenéis una explicación plausible para justificar lo que está pasando en el patio en este momento y cada noche desde que vos habéis llegado a Toscana?

—La verdad, alteza serenísima, es que no estoy al corriente. Anna Maria Luisa lo miró con desprecio.

—Si queréis jugar a ese juego, os aviso que mi paciencia ya ha llegado a su límite. Os ordeno que devolváis todo lo que están cargando en esos carruajes al lugar de donde procede. Enviaré una queja a su majestad a Viena. No es necesario que os recuerde que el pacto firmado por mí precisa que nada debe dejar Florencia.

Beauvau bajó la cabeza. No sabía qué argumento usar para salir de aquel atolladero. Ciertamente, no podía decirle que se limitaba a ejecutar órdenes de Viena. El Imperio austriaco estaba en guerra y la campaña costaba mucho dinero.

—Retiraos —le ordenó ella, cansada.

Beauvau estaba a punto de besarle la mano, pero ella no se la ofreció.

Dio algunos pasos atrás para despedirse, pero cuando estaba a punto de llegar a la puerta, ella le dijo con voz fuerte y decidida:

—Decid bien claro a vuestros señores de Viena que, si no respetan los pactos, me liberan de la obligación de respetarlos a mí también. Informaré a mi primo el rey de Francia.

Y antes de que él pudiera reaccionar, ya había desaparecido detrás de una puerta secreta.

Al volver a su despacho, situado en el ala oeste del palacio, Beauvau pensó en lo que acababa de decirle la electora. ¿Si Viena no respetaba los pactos, ella se sentía libre de la obligación de respetarlos? ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué anulaba la donación? ¿Sería una catástrofe! Beauvau ya había comenzado a seleccionar y enviar a Viena piezas del gran tesoro. ¿Podría ella hacerlo? Probablemente sí. Eran sus bienes privados. Tenía que escribir con urgencia a Viena. Y controlar con cuidado la correspondencia que salía hacia Francia. La situación se ponía muy seria.